

MIGUEL DE UNAMUNO - LUIS DE ZULUETA: *Cartas* (1903-1933), recopilación, prólogo y notas de CARMEN DE ZULUETA. Nota biográfica de A. JIMÉNEZ-LANDI. Madrid 1972.

Se han publicado ya buen número de epistolarios unamunescos. Convenimos con la recopiladora de esta colección en que, efectivamente, tratándose de una figura tan importante como don Miguel de Unamuno, sería imperdonable que se dejase perder un solo detalle de su vida y pensamiento, suponiéndolo accesible en algún lugar y en alguna forma. Y, ¿qué mejor garantía contra la posibilidad de que se pierda que haciéndolo accesible a todos por medio de la palabra impresa? Convenimos también en que en estas cartas se nos revela el papel que a comienzos del siglo actual desempeñó Unamuno como orientador de una juventud intelectual "inquieta y descontenta con la situación española". A lo cual habría que añadir que la lectura de estas cartas servirá no sólo para confirmar muchos datos relativos a la evolución espiritual de Unamuno, datos derivados de otras fuentes, pero que aquí reciben distinto énfasis o se expresan de distinto modo. Tomemos, por ejemplo, la carta del 27 de noviembre de 1903, donde refiriéndose a los que, con Nietzsche, "culpan a Cristo de haber entenebrecido la vida, de haber hecho odioso el cuerpo, de haber traído tristeza al mundo...", afirma que "todo eso, ascético-místico, es precisamente de origen griego y lo menos evangélico que cabe". Esto lo dirá también en *Del sentimiento trágico de la vida*, pero aquí agrega lo siguiente: "La lobreguez ascética precedió en Grecia al cristianismo; venía de Pitágoras, dominaba en los misterios eleusinos, pasó a los alejandrinos y de allí al cristianismo helénico. La ascesis y el monacato son paganos, hijos del hartazgo de la decadencia. Lo evangélico primitivo, lo genuinamente cristiano, es anti-intelectual, anti-místico, popular, callejero, activo, alegre, sencillo, intuitivo, revolucionario. Cristo no se flagela, ni es lúgubre, ni se recoge en ermitas. Vive al día y espera. No trata de explicarse el Universo, sino de derramar su vida al azar de los pequeños encuentros, en lugarejos palestinos, con el primero que encuentra. Lo más importante es lo del momento y lo de aquí. La eternidad se llama *ahora*, y el infinito se llama *aquí*". Además del valor del matiz particular del pasaje citado, encontramos en él, en las palabras: "La eternidad se llama *ahora*, y el infinito se llama *aquí*", el germen de toda una filosofía del tiempo, cuyo influjo se irá descubriendo posteriormente y con relación al concepto que Unamuno esbozará en torno a la historia. En fin: al que quiera trazar el curso seguido en su evolución por el pensamiento de Unamuno habría de serle de gran valor un pasaje como el citado.

Por lo demás, la lectura de estas cartas hace ver, muy a las claras, que en su cruzada personal, cuyo propósito era despertar a los dormidos, a los amodorrados en la fe muerta y la rutina de la vida diaria, quiso Una-

muno atenerse a un ideal religioso, el de la vida cristiana, concebida como un vivir compenetrado de inquietudes metafísicas. Al propio tiempo asoman en ellas los primeros indicios del lento proceso, a lo largo del cual se va desmoronando la fe atormentada y anti-dogmática, esa fe quijotesca que describe en su *Vida de Don Quijote y Sancho*. En carta del 3 de mayo de 1906 decía que pasaba por "la más brava tormenta espiritual" que había sufrido en su vida, y que por ello ahondaba su "íntima desesperación resignada", lo que le convencía de que en este mundo "hay que escoger entre la dicha o el amor y preferir el amor sin dicha a la dicha sin amor", y le hacía "aborrecer cada día más los llamados principios directivos de la moderna civilización europea": todo ello le llevaba a consumirse "el anhelo de otra vida", pues aquellos principios amenazaban con extirpar las raíces y la fuente de aquel anhelo. En efecto, años más tarde, en carta fechada el día 26 de setiembre de 1911, dirá lo siguiente: "Y si las cosas no son como yo las sueño, no importa. En el fondo es acaso que me horripila la verdad. Porque la verdad es algo pavoroso, y a que sólo se resignan, con resignación de demonios, los saduceos. Porque hay una terrible resignación y es la del demonio, que, no pudiendo suicidarse, suicida con la razón a los demás". Apunta —importa fijar lo temprano de la fecha, anterior quizás a otro indicio cualquiera del mismo sentimiento que posiblemente pudiera rastrearse en otros escritos unamunianos— ahora el motivo por el que Unamuno, en años posteriores, abandonará su llamado "apostolado": en lugar de querer despertar a los que duermen en la inconciencia de la fe infantil, aconsejará que se les deje que sigan soñando el sueño de la vida inmortal. Tal es, en fin de cuentas, el núcleo central de aquella preciosa novela suya: *San Manuel Bueno, Mártir*.

Aparte del interés de las cartas de Unamuno debe mencionarse el valor histórico de los comentarios hechos en las suyas por el entonces joven escritor, Luis de Zulueta, sobre todo, en lo que se refiere a la situación de Cataluña en los albores del siglo XX: en ellas se nos revelan las inquietudes filosóficas y políticas de una juventud que aspiraba a crear un mundo mejor del que le había tocado conocer.

Tampoco hay que pasar por alto el hecho de que las copiosas notas de Carmen de Zulueta proporcionan al lector, que difícilmente puede estar familiarizado con todos los detalles de lo acontecido en aquellos días de principios del siglo XX, una ayuda valiosísima.

En fin, este epistolario es un trozo de historia viva, que bien merece leerse detenidamente.

W. D. JOHNSON

*Texas Woman's University*  
Denton. Texas. U. S. A.